

Gregorio Weinberg: en el umbral de la historia

Gregorio Weinberg at the Threshold of History

Juan Carlos Torchia Estrada*

Resumen

Semblanza de Gregorio Weinberg y apreciación de su obra en los campos de la educación, la historia de la ciencia y la historia de las ideas en América Latina. Señala su condición de eminente intelectual hispanoamericano.

Palabras clave: Gregorio Weinberg; Educación; Historia de las Ideas; América Latina.

Abstract

Presents and evaluates the main traits of Gregorio Weinberg's work in the field of Education, History of Science, and History of Ideas in Latin America. Emphasizes the great importance of Weinberg's contribution to Latin American studies.

Key words: Gregorio Weinberg; Education; History of Ideas; Latin America.

Las presentes líneas tienen un propósito muy modesto por su contenido, pero muy profundo como homenaje al gran americanista que fue Gregorio Weinberg, cuya desaparición dejó consternada a la legión de amigos que lo admiraron y lo quisieron, y produjo una irreparable pérdida para la militancia cultural en Hispanoamérica. Los rasgos de sus escritos que elegimos para componer estas breves palabras están lejos de hacer justicia a la totalidad de su obra.

Ante el hecho, una vez más advertimos que toda obra retrata. Es como si lo que quedara no fuera sólo ella, con sus elementos aprehensibles intelectualmente, sino que la obra labrara del autor una efigie en ausencia, por otra parte insobornable: inútil pretender, como esperan algunos manipuladores de imagen mientras la vida lo permite, eludir ese veredicto final e inapelable, que recogerá lo

* Contributing Editor del *Handbook of Latin American Studies*. <jctestrada@verizon.net>

mismo la nobleza que la fatuidad. La estampa que resulta de la obra de Gregorio Weinberg coincide con su vida y su persona: recia, firme, inteligente y comprometida.

Hay autores a quienes la muerte encuentra antes de tiempo, como por una especie de falla en el mecanismo del destino. Estos tienen que decir, como Vaz Ferreira: "La vida no me dejó". (Bastaría recordar lo que José Luis Romero le decía a Félix Luna sobre sus proyectos futuros no demasiado antes de su extemporánea desaparición). Otros, más afortunados, llegan a expresar todo lo que habían venido a este mundo a expresar, y todavía les queda un resto para contemplarlo y reiterarlo. Ni tronchada su vida ni agotada su vena, Gregorio Weinberg podría haber seguido dando de sí sin interrupción. De muy joven se inauguró adulto, sin pagar el precio del titubeo y la inseguridad, y en su madurez no hubiera habido fin para la tarea que se había propuesto, mezcla de trabajo intelectual y promoción de conciencia histórica, de ejercicio propio y de dedicación a un proyecto colectivo. Sólo en sus últimos años, un golpe demasiado duro de la vida abatió a esa alma de roble macizo que era la suya, y aminoró la marcha de su trabajo. Antes, no había conocido descanso ni desánimo.

Tenía algo del iluminado. Hay obras que se gestan a pesar de las dudas, advirtiendo o magnificando diferencias con otras posiciones o con los cambios que traen los eternos nuevos tiempos. Gregorio Weinberg sólo sabía mirar para adelante, y hacer lo que en ese momento tenía entre manos, o seguía pendiente, o era un deber producir. La fe arrollaba todo lo demás. Ni las variaciones del paisaje cultural ni los momentos oscuros de su país (y no he conocido a nadie que sufriera tanto como él por los males argentinos), le crearon dudas para lo esencial, para la educación por medio de la historia. Sabía que no había relativismo para la entrega, que es más destino que ocupación.

Si se omite su colosal tarea de editor, que no era sólo publicar libros sino un verdadero plan cultural, sus esfuerzos se repartieron en dos grandes campos: la historia de las ideas y la educación, nunca esta última separada de la preocupación por la ciencia y la técnica y de los requerimientos de la realidad latinoamericana.

En materia de educación, su interés fue siempre a los grandes cuadros y a los problemas más generales, los que condicionan la labor educativa específica.

Como él mismo dijo, sus artículos en este campo no eran descriptivos o eruditos: tenían una proyección práctica y una “dimensión futura”, con la presencia constante de la perspectiva propia de los países periféricos. Ponía la educación en el contexto de los cambios culturales, de la adopción de pautas adaptables a las circunstancias latinoamericanas, y de las variadas circunstancias de la economía. Al tratar estos asuntos no escatimó críticas severas, como lo muestra la indisimulada impaciencia del prólogo a su libro *El descontento y la promesa*. Sus escritos sobre educación son quizás uno de los aspectos de su obra que más pierden en la exposición si ésta no va al detalle de los problemas que reconoció y las soluciones que propuso, como lamentablemente ocurre aquí.

Tal vez su obra de mayor vuelo, la que lo situará entre los clásicos de la historia de las ideas latinoamericanas, sea *Modelos educativos en la historia de América Latina*, que fue reelaborando en sucesivos intentos. No es una historia convencional de la educación y no es una historia general de las ideas. Es una historia de cómo las ideas, componiendo una mentalidad de época, sirvieron para crear concepciones (“modelos”) de organización y práctica educativas. Se ha insistido mucho, en parte porque es verdad y en parte para compensar la falta de “originalidad” de las ideas latinoamericanas, en que lo que importa de ellas es cómo se insertan en la realidad propia, y cómo, aunque sus orígenes no sean autóctonos, tienen su valor por la eficacia operativa con que actúan sobre las instituciones y el universo mental latinoamericano. Nunca, por este motivo, debe desestimarse lo que, en el orden teórico, pueda haber de propio en dichas ideas, y este valor ha ido aumentando con el tiempo. El famoso *dictum* de Alberdi, según el cual América practica lo que se piensa en Europa, comprensible dentro de su pragmatismo de constructor, no podría ser hoy guía o inspiración para un pensador o filósofo latinoamericano, que no tiene por qué renunciar a su participación en la cultura occidental, no importa cuánto le interese su propio medio o cuál sea el compromiso que tenga con él. Pero históricamente hay mucho de correcto en la afirmación, y un aspecto muy importante de la eficacia de la historiografía de las ideas en América Latina es buscar esas formas de adaptación y aplicación. Weinberg lo hizo escribiendo un capítulo inédito, en el que reunió la claridad sobre grandes esquemas ideológicos con la literatura contemporánea sobre cuestiones económicas y sociales y sobre los temas del desarrollo, a lo que seguramente no fue ajeno su trabajo en la CEPAL. En hacer inteligible

el mecanismo de las mentalidades históricas y sus consecuencias para la concepción educativa está la contribución del libro, en lo histórico desde luego, pero también en la posibilidad de advertir esa relación en el futuro.

Sin embargo, su total contribución a la historia de las ideas no es fácil de mostrar en un esquema, porque escribió numerosos artículos y notas, que hoy se encuentran esparcidos en diferentes publicaciones periódicas y requerirían reunirse para apreciar su valor.

Si los *Modelos* son el gran ensayo interpretativo, abarcando toda la historia de América Latina, también supo aplicarse a la investigación monográfica. Su libro sobre Mariano Fraguero es una magnífica contribución no sólo a la figura de ese “pensador olvidado”, como lo caracteriza Weinberg, sino a las ideas económicas de la época. Sólo utilizó parte de los materiales que recogió para su investigación, pero tuvo el tino de dar, en poco más de cien páginas, una clara síntesis bien apoyada en documentos, para un asunto sobre el cual no había sino unos pocos antecedentes. Con el modesto título de “Digresiones” buscó los elementos del pensamiento económico europeo que pudieron influir en el Río de la Plata, especialmente la literatura traducida al español, donde se nota su maestría de bibliógrafo y bibliófilo. No menos felices son las comparaciones de Fraguero con un clásico de la altura de Alberdi. El libro se publicó en 1975, y quizás si hubiera aparecido hacia fines del siglo se habría notado que su narrativa tenía perfecta relevancia para algunos problemas de la década de los 90, puesto que proteccionismo y liberalismo eran sus principales temas.

Inclusive llegó a apuntar a visiones de filosofía de la historia de América Latina, y a tener claridad sobre algunos de sus momentos cruciales, como cuando reconoció el destiempo que separaba a Iberoamérica de la gran corriente modernizadora de los países centrales, y advirtió que la brecha no tenía miras de aminorarse, y que la salida sólo podía estar en “marchar por carriles inéditos, quizá hoy inexistentes”. Esto requería la conciencia de un gran plan, sólo realizable por una voluntad colectiva, que es lo que expresó en el estudio preliminar a su edición de las *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, de Alejandro Korn: “Convenzámonos, no hay fórmula mágica ni camino real que permita, sin esfuerzo y entusiasmo, consolidar un país ... y menos darle una definida fisonomía cultural. Frente a todo pesimismo o resignación, ... cabe afirmar con coraje y lucidez una

auténtica y renovada voluntad de creación de un ámbito donde el hombre y sus obras arraiguen para adquirir un sentido cabal”.

Como los de educación, los escritos sobre ciencia también se caracterizan por la atención al contexto económico, político y social. Así, en *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*, además de lo que dice de la ciencia, pone gran énfasis en la técnica, en las sociedades científicas, en los grandes proyectos nacionales de explotación de recursos, y hasta en la ideas generales o cosmovisiones actuantes en la trastienda de la actividad específica. El libro trata de un determinado período, pero queda muy claro que el autor había reflexionado sobre las condiciones y requerimientos de la historia de la ciencia en América Latina en general. También aquí dos características definen su personalidad de autor, más allá de su aporte técnico o histórico propiamente dicho. Una es que su exposición nunca es neutra: lo mismo que hable de la apropiación de tierras de los indígenas, del trazado de ferrocarriles o de la idea de progreso, siempre está presente la valoración o la reflexión crítica. La otra nota es que nunca deja de ser el maestro (muchas veces severo) que critica enfoques equivocados, o señala errores, o advierte sobre vistas que no favorecen la correcta interpretación del asunto en consideración. Con toda su bondad y generosidad en el trato personal, hizo su viaje de estudioso en términos vigilantes, siempre presto a la corrección o el juicio crítico.

Esta característica es una especie de constante en su obra. Léase, por ejemplo, su ensayo “Aspectos de la situación actual de la cultura argentina”, que conserva vigencia a pesar de los años transcurridos desde su publicación. Y léase por dos razones: por la amplitud con que encara muy variados aspectos culturales, y por el filo de su crítica. El amor a la propia comunidad puede ser blando y apaciguador con los defectos que ella revela, o puede ser severo, como la mejor forma de suprimirlos. Posiblemente sin proponérselo de manera consciente, Gregorio Weinberg resultaba una voz admonitoria. ¿Demasiado crítica? No, exigente, que no es lo mismo, porque pensaba que para países que buscan su camino entre las dificultades de su desarrollo, “toda pasividad es suicidio”. La complacencia no es el hilo para salir del laberinto.

También manejó con acierto visiones panorámicas, como la que dedicó a la Ilustración en América Latina. Con buena documentación y con la perspectiva

de la historiografía liberal, presentó un cuadro claro y adecuado sobre la situación de las universidades y de todo lo que –sintomáticamente– se desarrolló fuera de ellas, abarcando en conjunto los rasgos ilustrados de España e Hispanoamérica. No sabemos de panoramas semejantes en las austeras dimensiones de esos trabajos. Y en este truncado repaso estamos omitiendo las reflexiones que dedicó a la integración latinoamericana, que constituyen la mayor parte de su libro *Tiempo, destiempo y contratiempo*.

Creo sinceramente, y no sólo por esa generosidad consoladora que el dolor de la pérdida suele volcar sobre la obra, que Gregorio Weinberg se define como una grande y fructífera acción, desdoblada en trabajo intelectual y eficacia práctica, y que si las dos partes pueden examinarse por separado, la visión integral es la que expresa mejor la herencia que deja. La seriedad y constancia de la obra clama por la revisión de conjunto que le haga justicia: vida, acción, escritos.

En efecto, es posible, como dijimos, delimitar campos en su obra: educación, ciencia, historia de las ideas, labor editorial; pero la mera enumeración pierde de vista la unidad de sentido. Fue una vocación latinoamericanista, y comprendió que en América Latina no es posible dedicarse cada quien a su tarea como si las grandes estructuras estuvieran asentadas, y la costumbre, la tradición, la seguridad sobre los valores vigentes las mantuviera firmes sin más que un poco de vigilancia. Sabía que no era así, que lo que se gana se puede perder en cualquier momento, que la edificación tiene que ser constante, a veces con los mismos ladrillos derrumbados. Y por eso fue en un cierto sentido un hombre de acción; acción elaborada con amor casi material al libro, pero acción al fin. Y cuando se manifestó como intelectual, como lo prueba su ingente obra, lo fue también con un propósito de construcción histórica y social. Su biblioteca, su amada biblioteca por la que sentía tanto orgullo, era, como la de don Alfonso Reyes, una capilla (un amigo la llamó alguna vez la capilla gregorina); pero su quietud era engañosa, porque era también la mesa de diseño donde se elaboraban planes para salir al campo abierto donde lo pensado trataba de convertirse en realidad concreta, con destinatario humano preciso. Fue un forjador, “maestro de las buenas causas”, como lo definió Luis Alberto Romero en una semblanza difícil de superar. Y como forjador, de letra, de libro, de combate por la educación y la historia, se le debe tener y recordar.

Hombre que vivió absorbiendo la historia para devolverla en forma de ediciones, libros propios, difusión y reflexiones prospectivas, merece ahora ser historia en el más honroso sentido: que su obra total (o simplemente su vida, que es lo mismo) se recupere y adquiera el carácter orgánico que permita recoger todos sus frutos al ser estudiada y analizada. Estudiar y repensar una obra, y más cuando se confunde con una existencia, es el mejor homenaje que puede tributarse a un autor. Todo final humano es injusto porque la muerte es el confín donde se deshace todo sentido; pero también, al cortar el flujo permanente de donde emanaba la obra, permite convertirla en una noble arquitectura, revisarla y hasta desmontarla en sus partes para entender mejor su mensaje. Eso merece Gregorio Weinberg, con una sola salvedad: no olvidar que detrás de la obra había un espíritu afanoso, entusiasta, honesto e incansable, siempre de cara al futuro, dando su palabra positiva sin enredarse demasiado en relatividades y confusiones que nunca faltan. Un espíritu, en fin, que quería conocer la historia para comprometerse con la realidad, que sabía que comprender y transformar no son términos antitéticos sino expresión de una voluntad única, creyente y creadora, confundiendo de intento los verbos creer y crear, como lo pedía Alejandro Korn, uno de sus admirados maestros.